

Homilías Domingo 24 (Ciclo B)

+ Lectura del Santo Evangelio según San Marcos.

En aquel tiempo, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de Cesarea de Felipe; por el camino preguntó a sus discípulos:

- ¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos le contestaron:

- Unos, Juan Bautista, otros, Elías, y otros, uno de los profetas.

Él les preguntó:

- Y vosotros, ¿quién decís que soy ?

Pedro le contestó:

- Tú eres el Mesías.

Él les prohibió terminantemente decírselo a nadie.

Y empezó a instruirlos:

- El Hijo del Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser condenado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado, y resucitar a los tres días.

Se lo explicaba con toda claridad. Entonces Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo. Jesús se volvió, y de cara a los discípulos increpó a Pedro:

- ¡Quítate de mi vista, Satanás!

¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!

Después llamó a la gente y a sus discípulos y les dijo:

- El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga.

Mirad, el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por el evangelio, la salvará.

Palabra del Señor

Homilias

(A)

Hace un tiempo un chico me contaba que estaba “locamente enamorado”. Dejándole hablar de su loco enamoramiento, llegué a la conclusión de que la chica no merecía la pena. Pero cuando trataba de hacerle reflexionar, siempre la misma respuesta: “pero, Juan, yo la amo”. Ahí me convencí de que el amor suele ser una enfermedad incurable o que solo se cura con el matrimonio. Y pensé en lo que algún día escribió Ibn Arabi: “aquel que ha quedado atrapado por esa enfermedad que se llama Jesús, no puede ya curarse”.

Y pienso en mí mismo, tratando de diagnosticar si estoy sano o enfermo. Y me entra un escalofrío en el alma. Me siento muchas veces más sano que enfermo. ¡Y eso que me he jugado la vida desde joven por Jesús! Pero me pregunto a mí mismo si mi fe es “fe en algo” o la “fe en Alguien”. Porque este creo que es el verdadero problema de un creyente.

Los discípulos supieron responder todos a una lo que pensaba y decía la gente sobre Jesús. Pero, a pesar de seguirle y ser discípulos suyos, se quedaron medio mudos cuando les clavó la pregunta personal “¿y vosotros quién decís que soy yo?” Sabían responder por los demás.

Pero no sabían responder por ellos mismos.

Pedro debió salvar la situación haciendo una confesión de la divinidad de Jesús.

Es que la fe no consiste tanto en creer doctrinas o ideas, cuanto en enamorarse de “alguien”. Enamorarse de Jesús. Ninguno tenemos problemas en recitar o cantar el Credo. Nuestro problema está cuando alguien nos pregunta “¿y quién es Jesús para ti?”

Tenemos una Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe. Puede que tenga su importancia.

Pero ¿tiene la Iglesia una Congregación para la VIVIR la fe en Jesús?

Yo estoy seguro de que mi fe no puede alimentarse sólo de doctrinas y de teologías.

Porque estoy seguro que yo no puedo vivir solo de ideas, ni puedo enamorarme de las ideas o de las doctrinas.

Sólo es posible enamorarse de “alguien”, de “una persona”.

Jesús no pregunta: ¿qué dice la gente de mis enseñanzas?

Sino, “¿quién dice la gente que soy yo?”

Y no pregunta a sus discípulos “y vosotros qué pensáis de mi doctrina?”

Sino, “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Ser cristiano no es seguir una doctrina, sino seguir a una persona, seguir a Jesús. Ser capaz de dejarlo todo por El.

Ser cristiano no es enfermarse por unas doctrinas, sino enfermarse de amor por la persona de Jesús. Esa fue la enfermedad de Pablo: “ya no soy yo sino que es Cristo quien vive en mí”.

Puede haber cristianos que saben muy poco de teología, pero sienten un profundo amor por Jesús.

Puede haber cristianos que, en su vida, no han podido leer un libro, pero sienten profundamente en su corazón la persona de Jesús.

Estoy totalmente de acuerdo con el teólogo K. Lehmann cuando dice que “el hombre moderno sólo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesús”.

Estoy convencido que el hombre y la mujer de nuestros días no nos pregunta a los cristianos ¿cuánto sabes de Jesús, sino quién es quién es Jesús para ti?

No te preocupes si no sabes contestar. El viaje con Jesús dura toda la vida y a lo largo de este peregrinar se nos va revelando, poco a poco, el significado de su persona y de su vida.

Algunos piensan que el día en que aceptaron a Cristo y decidieron hacerse cristianos era el final del viaje. Ese fue el primer paso, muy importante, pero sólo un primer paso.

El viaje con Jesús es una relación permanente. Un viaje implica movimiento, de aquí allá, un proceso largo, estar dispuesto a crecer y a aceptar las sorpresas.

Como en todos los viajes, hay días en los que te preguntarás si el viaje merece la pena. Te cansarás y encontrarás dificultades difíciles de resolver. No te sientas culpable. Simplemente sigue caminando.

La llamada a ser cristiano requiere disciplina. El entusiasmo es pasajero. La mejor disciplina es escuchar la Palabra de Jesús, meditarla, hacer oración, participar con la comunidad en la Eucaristía...porque es el encuentro con Jesús y con los hermanos.

Dios no está nunca lejos de nosotros. Nosotros somos los que nos alejamos de Él.

(B)

¿Qué decimos cuando, en un ambiente frío u hostil, se nos interroga sobre nuestra fe? ...

Pregunta que, más que respuestas, exigen un convencimiento profundo de lo que somos y vivimos: somos cristianos y queremos vivir como tales. Ser cristiano, no es muy difícil. Pero "VIVIR COMO CRISTIANO" se hace más cuesta arriba. Sobre todo si, vivir como cristianos, implica ir contracorriente. Decir al "pan, pan y al vino, vino". O, por ejemplo, no comulgar con ruedas de molino en temas o en problemas que, la sociedad, presenta como paradigma de progreso o bienestar social.

Como a Pedro, también a nosotros, el corazón nos puede traicionar. Queremos un Jesús amigo, confidente, compañero pero sin demasiadas exigencias. Aquel viejo adagio "serás mi amigo siempre y cuando no pongas piedras en mi camino" viene muy bien para reflexionar sobre el mensaje evangélico de este domingo. Jesús nos lo adelanta: "quien no coja su cruz y me siga no es digno de mí".

Es cómoda una fe sin obras. Una vivencia sin más trascendencia que un “bis a bis” con Dios. Sin más compromiso que la tranquilidad que supone el estar bautizado. El ser cristiano, pero sin aventurarse en dar testimonio de lo que creemos, escuchamos y sentimos: Jesucristo es nuestra salvación.

¿Que quieres vivir bien? ¡No te compliques la vida! Pero, viene el Señor y nos recuerda que para entrar por la puerta del cielo, hay que emplearse a fondo en su causa. Confesar el nombre del Señor no solamente es despegar los labios y decir un “sí creo”. Además nos exige un construir nuestra vida con los ladrillos de la fraternidad, el perdón y el testimonio de nuestra fe.

¿Queremos confesar, con todas las consecuencias, el nombre de Jesús? Aprendamos a conocerle más y mejor. Preocupémonos de meditar su palabra... Dentro de poco la Parroquia os volverá a ofrecer incorporaros a los grupos de reflexión que nos venimos reuniendo un día a la semana... Es un estupendo medio para meditar, este año, sobre la oración del Padrenuestro...Será un estupendo medio para avanzar por los caminos que El nos propone. El Señor, además de bautizados en su nombre, desea gente de bien que viva según lo que nos exige el Bautismo: una vida en Dios, entregada a los demás y profundamente arraigada en Cristo.

En cierta ocasión un nadador cruzó un inmenso río. Y, al llegar a la otra orilla, le preguntaron: “¿son profundas las aguas?” Y, el deportista, respondió: “la verdad es que no me he fijado. Solamente he nadado superficialmente. No he buceado”.

Algo así, queridos amigos, nos puede ocurrir a nosotros. Como Pedro podemos pretender quedarnos en lo bonito de la amistad, En la superficialidad de la fe. Pero, el Señor, quiere y desea que ahondemos en lo que creemos. Que vivamos según como pensamos. Y que, en definitiva, no rehuyamos de esas

situaciones en las que podemos demostrar si nuestra fe es oro molido o arena que se escapa entre las manos. Y nosotros ¿qué?

(C)

Somos especialistas en responder por los otros.

Todos nos sentimos conocedores:

de lo que piensan los otros,

de qué hacen los otros,

de qué dicen los otros,

de cómo son los otros.

Los otros son el libro que más hemos leído y que mejor hemos entendido

“¿Quién dice la gente que soy yo?”

Los discípulos conocían bastante bien qué pensaba y qué decía la gente sobre Jesús.

Al fin y al cabo, cada quien tenía su propia imagen.

Cada quien tenía su percepción personal.

Que si Elías,

Que si Jeremías,

Que si Juan,

Que si uno de los profetas.

Total, lo de siempre, cada uno nos hacemos nuestro propio Dios.

El Dios que mejor nos conviene.

El que mejor se adapta a nuestros intereses personales.

Por algo la gente suele decir: “Padre, yo no creo en la Iglesia, pero me llevo muy bien con Dios”. “Yo me las arreglo con Dios”.

En esto, nos parecemos a los griegos que se inventaban un Dios para cada uno de sus vicios. Hasta los borrachitos tenían su “Dios Baco”. Y tampoco faltaba, por supuesto, la “Diosa Venus”. Y para que no hubiese problemas, hasta le dejaron un sitiecito “al dios desconocido”. Es una manera de ser precavidos. Un modo bonito

de no tener problemas con él.

Dios se atrevió a hacer al mundo y al hombre.

Pero el hombre le gana en creatividad. Se atreve a hacer “dioses”.

Cada uno llevamos “nuestro propio dios” edición de bolsillo.

¿Quién puede decir que no lleva el suyo propio?

¿Acaso el ateo no tiene su dios personal? Al menos tiene a ese Dios en quien dice no creer y del que siempre está hablando. Por algo escribió alguien: “Me repugnan los ateos, porque se pasan la vida hablando de Dios”.

¿Acaso los políticos no tienen su dios? ¿Y qué es el poder sino el dios de los poderosos?

¿Acaso los ricos no tienen su dios? ¿Y qué es la riqueza sino el dios a quien adoran cada día?

¿Acaso los pobres no tienen su dios? El dios que debiera castigar a los que lo tienen todo.

¿Y acaso los curas no tenemos también el nuestro? El dios con el que justificamos tantas tonterías que decimos y cargamos a la gente.

La verdad que yo no estoy seguro de que “mi Dios” sea siempre el Dios que Jesús nos reveló. Y hasta me atrevo a decir que nadie debiera “dar por supuesto” que cree en Dios. Creo que mejor sería si cada día lo confrontásemos con el Evangelio de Jesús. Porque también los que lo crucificaron lo hicieron en nombre de Dios.

Y los que prohibían curar enfermos el sábado también lo hacían en nombre de Dios.

Y los que se escandalizaban de que Jesús y los suyos no se lavasen las manos, lo hacían en nombre de Dios.

Y los que querían apedrear a la adúltera lo hacían en nombre de Dios.

“Y vosotros quién decís que soy yo?”

Mientras se trate de decir lo que piensan y dicen los demás, no

hay problema.

Pero Jesús quiere llegar más lejos.

Está bien, ya sabéis lo que dicen los demás, pero “¿y vosotros qué decís?”

Ya no es cuestión de hablar sobre los demás.

Ahora la pregunta es personal.

¿Qué es para mí Jesús?

¿Qué es Dios para mí?

Ya no es el momento de decir qué pensamos.

La verdadera pregunta es: ¿qué es, qué significa Dios en mi vida?

No se trata de creer en Dios.

Se trata de saber qué significa para nosotros en nuestras vidas.

Y se trata de saber ¿en qué Dios creemos?

¿En el nuestro? ¿En el de los filósofos? ¿En el de Jesús?

¿En el Dios que ama a los buenos y castiga a los malos?

¿En el Dios que me tiene que amar porque yo soy bueno?

¿En el Dios que me castiga con una desgracia, porque me porté mal?

El Dios de nuestra fe, ¿será realmente el que será entregado a manos de los hombres, lo apresarán, lo condenarán y lo crucificarán?

¿El Dios que prefiere morir a hacernos morir?

¿El Dios que entrega su vida al servicio de los hombres?

¿No el Dios todopoderoso, sino el Dios débil que quiere cambiar al mundo por el amor?

¿El Dios que me pide que bendiga y no maldiga?

¿El Dios que me pide perdonar, por más que yo tenga la razón?

Este Dios no entraba en la cabeza de Pedro. ¿Entrará de verdad en la nuestra?

(D)

Una enfermedad llamada Jesús

Hace unos meses una señorita me contaba que estaba “locamente enamorada”. Dejándola hablar de su loco enamoramiento, llegué a la conclusión de que el chico no merecía la pena. Tomaba y era adicto. Cuando trataba de hacerla reflexionar, siempre la misma respuesta: “pero, Padre, yo lo amo”. Ahí me convencí de que el amor suele ser una enfermedad incurable o que solo se cura con el matrimonio. Y pensé en lo que algún día escribió Ibn Arabi: “aquel que ha quedado atrapado por esa enfermedad que se llama Jesús, no puede ya curarse”.

Y pensé en mí mismo, tratando de diagnosticar si estaba sano o enfermo. Y me entró un escalofrío en el alma. Me sentía demasiado más sano que enfermo. ¡Y eso que me he jugado la vida desde joven por Jesús! Pero me preguntaba a mí mismo si mi fe era la “fe en algo” o la “fe en Alguien”. Porque este creo que es el verdadero problema de los creyentes.

Los discípulos supieron responder todos a una lo que pensaba y decía la gente sobre Jesús. Pero, a pesar de seguirle y ser discípulos suyos, se quedaron medio mudos cuando les clavó la pregunta personal “¿y vosotros quién decís que soy yo?” Sabían responder por los demás.

Pero no sabían responder por ellos mismos.

Pedro debió salvar la situación haciendo una confesión de la divinidad de Jesús.

Es que la fe no consiste tanto en creer doctrinas o ideas, cuanto en enamorarse de “alguien”. Enamorarse de Jesús. Ninguno tenemos problemas en recitar o cantar el Credo. Nuestro problema está cuando alguien nos pregunta “¡y quién es Jesús para ti?!”

Iglesia ¿quién es Jesús para ti?

Bautizado ¿quién es Jesús para ti?

Tenemos una Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe.
Puede que tenga su importancia.

Pero ¿tiene la Iglesia una Congregación para la vivencia y la fe en Jesús?

Yo no estoy seguro de que mi fe pueda alimentarse sólo de la doctrina y de la teología.

Porque no estoy seguro que yo pueda vivir solo de ideas, ni pueda enamorarme de las ideas o de las doctrinas.

Sólo es posible enamorarse de “alguien”, de “una persona”.

Jesús no pregunta: ¿qué dice la gente mis enseñanzas?

Sino, “¿quién dice la gente que soy yo?”

Y no pregunta a sus discípulos “y vosotros qué pensáis de mis doctrinas?”

Sino, “y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

Ser cristiano no es seguir una doctrina, sino seguir a una persona, seguir a Jesús. Ser capaz de dejarlo todo por El.

Ser cristiano no es enfermarse por unas doctrinas, sino enfermarse de amor por la persona de Jesús. Esa fue la enfermedad de Pablo: “ya no soy yo sino que es Cristo quien vive en mí”. “No quiero saber entre vosotros otra cosa que a Jesús y a éste crucificado”. Es que Pablo no se encontró con una doctrina, sino que se encontró con la persona de Jesús el Resucitado.

Me temo que la Iglesia esté demasiado preocupada por la ortodoxia doctrinal y esté relegando a un segundo plano la figura y la persona de Jesús. Tal vez no lo relega, pero tampoco lo presente como la prioridad de la fe, al menos si lo vemos a la luz de nuestra predicación y de nuestras catequesis. Es posible vivamos más preocupados por el llamado “depósito de la fe” que son las doctrinas de la fe, que de la experiencia de Jesús en cada uno de nosotros.

Puede haber cristianos que saben muy poco de teología, pero sienten un profundo amor por Jesús.

Puede haber cristianos que, en su vida, no han podido leer un libro, pero sienten profundamente en su corazón la persona de

Jesús.

Estoy totalmente de acuerdo con el teólogo K. Lehmann cuando dice que “el hombre moderno sólo será creyente cuando haya hecho una experiencia auténtica de adhesión a la persona de Jesús”.

Estoy convencido que el hombre actual no pregunta al cristiano ¿cuánto sabes de Jesús, sino quién es Jesús y quién es Jesús para ti?

(E)

Hemos escuchado en el Evangelio la doble pregunta que Jesús hace a sus apóstoles y nos hace a todos.

¿Quién dice la gente que soy yo?

¿Quién decís vosotros que soy yo?

La pregunta sigue abierta e interrogándonos a todos desde que Jesús la dirigió a sus apóstoles.

Las gentes, los pueblos, los grupos y las personas concretas han ido respondiendo a lo largo de la historia a esta pregunta de Jesús.

Como decíamos al comenzar la Celebración, de Jesús se ha dicho todo, se le ha llamado de todo : blasfemo, impostor, hereje; pero también Santo, Salvador, el mejor de los humanos, el Hijo de Dios en la tierra.

En su nombre se ha hecho de todo en el mundo. Se han organizado guerras santas, se ha ejecutado a los que no creían en Él, o se ha ayudado a todos hasta dar la vida por ellos.

Hoy mismo se siguen repitiendo estos dichos y estas acciones, de una u otra forma.

Pero, vamos a recoger la segunda pregunta de Jesús, la que más nos debe interesar a cada uno de nosotros : ¿Quién decís vosotros que soy yo?.

Es posible que recordemos la respuesta del Catecismo que estudiábamos de niños. El Catecismo del Padre Astete decía :

"Jesucristo es el Hijo de Dios, que se hizo hombre para redimirnos y darnos ejemplo de vida".

O recordamos, también la respuesta de Pedro que acabamos de escuchar en el Evangelio: " Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo".

Pero no basta con eso. Eso es algo aprendido, impersonal.

Tenemos que dar cada uno de nosotros una respuesta personal.

Y lo que es más importante: tenemos que vivir conforme a esa respuesta.

Reconocemos que Jesús es Dios, es Dios entre nosotros, y así lo solemos decir. Pero, ¿lo sabemos reconocer en la sociedad? ¿Lo encontramos y lo vemos en las personas que nos rodean?

Es fácil decir que creemos en Dios, que amamos a Dios, que creemos en Jesús, al que no vemos; pero ¿le queremos ver, le vemos y le respetamos en las personas que nos rodean?

Decimos que amamos a Dios, pero yo no he encontrado más que una forma de amar a Dios: Amarle en los hermanos, en las personas que nos rodean. Lo demás son palabras bonitas, pero nada más.

Nuestra respuesta debe ser ésta: "Tú eres el Hijo de Dios, eres nuestro Hermano mayor que estás con nosotros" y en consecuencia debemos ayudarnos todos y vivir como hermanos, como hijos de un mismo Padre - Dios.

En una palabra: debemos ser consecuentes con lo que creemos. Debemos vivir, sabiendo que Jesús camina a nuestro lado, vive junto a nosotros. Siguiendo el ejemplo de su vida estamos dando respuesta a su pregunta.

(F)

La confesión de Pedro me parece un momento fantástico en el proceso de educación que realiza Jesús con sus discípulos y de seguimiento al que somete a los que le acompañan. Jesús lanza

una pregunta a sus discípulos, una especie de «evaluación» o control personal. «Entra» progresivamente en el tema: *Quién soy yo*. Comienza desde lejos: «¿Quién dice la gente que soy yo?», hasta llegar al posicionamiento personal: «y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Pedro responde y contesta correctamente. Pero, a renglón seguido, demuestra que lo bien dicho no es lo bien asimilado. Lo que Pedro sabe del Mesías no es lo que corresponde al Mesías de verdad. Jesús les explica lo que le ocurrirá al Mesías: «Padecer; ser condenado, ser ejecutado, resucitar:..». Pedro ha respondido bien, pero demuestra resistencia para aceptar lo que oye sobre el Mesías. Tan duro le parece lo que acaba de escuchar que se atreve a llamar aparte a Jesús y a increparle.

¡Cómo me recuerda este episodio comportamientos, oraciones, juicios de valor de muchos creyentes que se atreven a decir a Dios lo que tiene que hacer! Son creyentes que saben de Dios y conocen fórmulas muy bien hechas y muy precisas, recitan oraciones y frecuentan sacramentos. Todo correcto. Pero hay algo que no «tragan de Dios», como le pasó a Pedro.

Se puede definir muy bien a Dios sin captar la realidad de Dios. Podemos emplear fórmulas muy bonitas sobre Dios pero quedamos al margen de lo que Dios es... Seguro que tú, como yo, has escuchado a «buenos creyentes» expresiones parecidas a estas: «¿Cómo es posible que Dios sea bueno si después me pasa lo que me pasa? ¿Cómo es posible que yo que conozco tanto de Dios, que he hecho tanto para anunciarle, ahora Dios me pague de esta manera? ¿Cómo es posible que Dios se porte así conmigo y me mande lo que me está mandando?».

Si Pedro lleva a Jesús aparte para decirle que no puede ser que al Mesías le pase lo que Él acaba de señalar, Jesús recrimina públicamente a Pedro (posiblemente porque todos coincidían con su postura) porque piensa como los hombres, porque no entiende a Dios, porque no se mete en los planes de Dios sino que dicta planes a Dios. Y eso Jesús no lo soporta. A Dios nadie le

dicta cómo tiene que ser ni qué tiene que hacer. Una de las tentaciones que siempre han acechado a los hombres es la de apropiarse el poder de Dios, marcarle la ruta. En el camino hacia el Padre nadie precede a Jesús; se sigue a Jesús. Él va delante marcando el camino. Y lo que Él viva y lo que a Él le acontezca será normativo. Sin entregarse, no se gana la meta; sin cargar con la cruz, no se llega al final. Observas a la gente, y de este mundo nadie se va sin llevar una cruz... antes o después, con la dignidad de Jesús o a regañadientes...

(G)

Acostumbrados desde niños a su figura, son muchos los cristianos que no sospechan el eco que la persona de Jesús ha encontrado a lo largo de los siglos en el corazón de los hombres. A veces se piensa que ese Jesús del que sólo han oído hablar en la Iglesia, apenas puede interesar fuera de ella. Hace veinte siglos, Jesús lanzó una pregunta provocadora: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Pensadores, poetas y científicos de toda clase han respondido a la cuestión de formas diferentes. Tiene su interés conocer algunos testimonios.

La filósofa francesa, *Simone Weil*, expresa así su convicción: «Antes de ser Cristo, es la verdad. Si nos desviamos de Él para ir hacia la verdad, no andaremos un gran trecho sin caer en sus brazos.»

Mahatma Gandhi vivió impactado por las Bienaventuranzas de Jesús: «El mensaje de Jesús, tal como yo lo entiendo, está contenido en el sermón de la montaña. El espíritu de este sermón ejerce sobre mí casi la misma fascinación que la *Bhagavadgita*. Este sermón es el origen de mi afecto por Jesús.»

El científico *Albert Einstein* valoraba así el mensaje judeo-cristiano: «Si se separan del judaísmo los profetas y del cristianismo, tal como lo enseñó Jesucristo, todas las adiciones

posteriores, en especial las del clero, nos quedaríamos con una doctrina capaz de curar, a la humanidad de todos sus males.»

A. *Gide* ha pasado a la historia de la literatura como prototipo del renegado que rechaza su bautismo cristiano. Sin embargo, en sus escritos se pueden encontrar oraciones como ésta: «Yo vuelvo a ti, Señor Jesús, como al Dios del cual tú eres forma viva. Estoy cansado de mentir a mi corazón. Por todas partes te encuentro cuando creía huir de ti... Sé que no existe nadie más que tú, capaz de apagar mi corazón exigente.»

Para *Hegel*, «Jesucristo ha sido el quicio de la historia». E *Mauriac* confiesa: «Si no hubiera conocido a Cristo, Dios hubiera sido para mí una palabra inútil.» Otros, como el poeta argentino agnóstico, *J. L. Borges*, lo buscan: «No lo veo y seguiré buscándolo hasta el día último de mis pasos por la tierra.»

En el filósofo *Soren Kierkegaard* podemos leer esta preciosa oración: «Señor Jesús, tú no viniste para ser servido, ni tampoco para ser admirado o, simplemente, adorado. Tú has deseado, solamente, imitadores. Por eso, despiértanos, si estamos adormecidos en este engaño de querer admirarte o adorarte, en vez de imitarte y parecernos a ti.»

P. Juan Jáuregui Castelo